

La hora azul de Josefa Parra Ramos

Jesús Fernández Palacios

El libro que reseñamos, XXI Premio Unicaja de Poesía en 2006, lo integran 35 poemas distribuidos en tres apartados: 1) *Los lugares*, con 14 poemas; 2) *Las horas*, también con 14; y 3) *Las excusas*, con sólo 7 textos. Todos los poemas son más bien breves, oscilando entre los 17 versos que tienen, por ejemplo, «Taman en Alfuhays» o «Ejercicio de derrota» y apenas los 2 versos que tiene el último poema del libro titulado «Y olvido». Así pues, y como suele ocurrir con casi toda la obra de Josefa Parra, habría que hacer un elogio a la brevedad que, en su caso, es también un elogio a la precisión y, por supuesto, un elogio a la intensidad. Por eso podríamos rematar nuestro comentario diciendo: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Conozco a Josefa Parra desde hace unos 20 años y desde entonces valoro y he defendido su poesía. Recuerdo que en aquel tiempo aún no había publicado ningún libro, aunque sí conocía algunos poemas suyos dispersos en revistas. Y también recuerdo que ya había obtenido el Premio Internacional de Poesía Breve Domecq. Pocos años después, en 1995, fue galardonada con el Premio Internacional de Poesía Loewe a la Creación Joven por un libro, *Elogio a la Mala Yerba* (Visor, Madrid 1996), que nos sorprendió por sus aciertos técnicos y por la profundidad y riesgos de sus planteamientos temáticos y expresivos, confirmando como realidad esa promesa poética que ya nos había adelantado. Al año siguiente tuve el gusto de publicarle su segundo poemario, *Geo-*

Josefa Parra: *La hora azul*, Colección Visor de Poesía, Madrid, 2007.

grafía carnal (Diputación de Cádiz, 1997), una obra llena de atractivos que ahora no puedo comentar. Y más recientemente le prologué su nueva obra *Tratado de cicatrices* (Editorial Calambur, Madrid, 2006). En dicho prólogo, breve como a ella le gusta y que titulé «Exilio en la tierra», hice unas cuantas reflexiones en las que ahora voy a insistir porque de hecho pueden aplicarse a casi toda su obra poética, incluido el reciente libro *La hora azul*.

La memoria y la nostalgia, el adjetivo preciso y también insuficiente, la metáfora luminosa y la imagen deslumbrante, el verso ágil y airoso, los alejandrinos que se quiebran, el altivo endecasílabo, el acento y la cadencia, los sueños, la vigilia, la pasión y el asombro, los paisajes del amor, el alma encendida, el rostro y el cuerpo amado, los nombres, las palabras de más y de menos, la naturaleza como testigo, el mar y el cielo, el aire que vivifica, la tierra que se pisa, la huella que se deja, los sonidos, el tacto recordado, la piel que se explora, los estremecimientos, el amor y el deseo, la ilusión y el desengaño, la búsqueda, el encuentro, la huida, los ecos de la voz, las fechas señaladas, los días recordados, las noches olvidadas, la alegría y la tristeza, los olores, las estaciones presentidas, los tiempos verbales, los monosílabos determinantes, el pasado que se escribe y se lamenta, el presente que es temblor, el futuro que se anhela y que se teme, la vida que fluye y se diluye, la cima que se confunde con la sima, el cenit que se distingue del nadir, los presentimientos, la melancolía, los días sucesivos y fugaces, los recursos de la astucia, las estrategias malogradas, los triunfos, las derrotas, las maneras y los plazos del morir, el alma y sus tormentos, los dolores y temores, las dudas, los gozos y las sombras, las promesas incumplidas, los errores, las verdades, los aciertos, la amable aliteración....., no son los únicos ingredientes que, hábilmente agitados y luego ordenados, conforman este atractivo *Tratado de cicatrices*, que el hipócrita lector, si se anima, puede completar a su imagen y semejanza. Un tratado que confirma en buena medida lo que sostenía Baudelaire de que el poeta se parece al albatros: «Exiliado en la tierra, sufriendo el griterío, sus alas de gigante le impiden caminar». Aunque se podría matizar que Josefa Parra vive ese exilio con inteligencia y sensibilidad, neutraliza el griterío con la música de sus poemas y camina por el mundo con astucia e ironía, una mano en el cora-

zón y la otra tendida, como si fueran alas del tamaño de su enorme humanidad.

Y añadido ahora: una inteligencia y sensibilidad, una generosa humanidad, una destreza y un oficio, en fin, que se acrecientan en *La hora azul*, precioso e inquietante título que anuncia también su poema número 21, en el que, con una hábil combinación de alexandrinos blancos, Josefa Parra testimonia la inquietud del que vive la caída de la tarde que antecede a la noche cerrada, esa hora del crepúsculo en que retornan los pájaros y que ella nombra como *la hora azul*. Un libro éste que remata brillantemente, y hasta el momento, una creciente y meritoria bibliografía en la que también caben otras dos obras que aún no he citado. Me refiero a *Alcoba del agua* y *Caleidoscopio de Venus*, editados en 2002 y 2005 respectivamente, sin olvidar, claro está, su ineludible inclusión en diversas antologías poéticas dentro y fuera de España, donde algunos de sus poemas han sido traducidos al portugués, francés, alemán y árabe.

En *La hora azul* Josefa Parra despliega un sugerente muestrario temático que, en buena medida, comprende algunas constantes de toda su trayectoria poética desde sus inicios hace más de diez años. Y dichos temas son abordados por lo general desde esa ambigua y misteriosa frontera que separa, o mejor dicho une la realidad con la ficción, la verdad con la mentira, la vigilia con el sueño, lo vivido con lo imaginado, lo sentido con lo anhelado, la certeza con la duda, el valor con el temor, etc..., convirtiendo estos poemas en hermosos artificios que no se sabe muy bien si a la poeta le sirven para vivir con mayor intensidad o para falsificar la vida. O incluso para ambas cosas. Aunque como ella misma reconoce: «cuando la copia supera al original», se siente más satisfecha del poema, terminando por no saber bien si le apasiona más la vida que vive o esa otra vida que se inventa en su poesía.

Un saludable ejercicio de fabulación poética que le permite, por ejemplo, rememorar el mito de Ulises, que no termina nunca de regresar a Ítaca (como en realidad hacen muchos amantes), para reivindicar la búsqueda de lo nuevo y nunca visto, de la belleza imprevista y sorprendente, en un hermoso poema titulado «Peregrino», lleno de preciosas metáforas sobre la condición humana y sus peripecias vitales. O que le permite hablar del abis-

mo que genera el deseo de la carne, lo peligroso: «un abismo lúcido», como ella afirma. O sus reflexiones sobre la esencia amorosa a partir de la interinidad de la pareja en una habitación de hotel. No sé, podría poner muchos ejemplos entresacados de estos poemas.

En definitiva, un ejercicio de simulación poética –el poeta es un fingidor, decía el gran Fernando Pessoa– que le permite vivir otras vidas, entreveradas con la suya propia, con otros protagonistas elegidos por voluntad o al azar, en otros lugares visitados o imaginados, en constantes y hábiles combinaciones métricas que se nutren de heptasílabos, alejandrinos y endecasílabos fundamentalmente, dispuestos y ordenados con destreza, dotando a sus poemas de una naturalidad y una música envidiables, convirtiendo esos breves artefactos poéticos en sutiles piezas de relojería con sus precisos adjetivos, sus partículas determinantes y sus prestigiados tiempos verbales marcando la distancia que la poeta recorre desde la reflexión a la acción o viceversa.

Como digo, la técnica es depurada y los temas son abundantes y atractivos: de la vida a la muerte, del amor al desamor, de la realidad al deseo, del cuerpo del amado al cuerpo de la amante, de los viajes y regresos, etc., etc. En conclusión, un verdadero incentivo para abrir este libro y dejarnos llevar por las palabras mágicas y envolventes de Josefa Parra –poeta y zahorí– que, según ella misma defiende en su poema «Excelencias de la literatura», son palabras que vivifican lo que nos rodea de cerca o de lejos ©